



<p>EDICION DE LUJO.</p> <p>—</p> <p>Dos reales</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>	<p>DIRECTORA,</p> <p>LA BARONESA DE WILSON.</p> <p>—</p> <p>EDITORES PROPIETARIOS,</p> <p>J. CASTRO Y COMPAÑÍA.</p>	<p>EDICION ECONOMICA.</p> <p>—</p> <p>Un real</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>
<p>Año I.</p>	<p>Madrid 13 de Diciembre de 1871</p>	<p>Núm 10.</p>

SUMARIO.

Advertencia.—Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—Exposición nacional de Bellas Artes, por F. Lopez Echegarreta.—Angela Ortolani, por Hinova.—La zarza, por Juan Eugenio de Hartzenbusch.—El Libro del corazón, por D. Ramon Ortega y Frias.—Revista de teatros, por E. Rodriguez Solis.—Explicación de los grabados.—Geroglífico.

ADVERTENCIA.

En la cuarta plana de la cubierta del presente número, va impreso el billete que da opción al regalo que cada tres meses hemos ofrecido á nuestras suscriptoras.

Todas las personas cuya suscripción termina en fin del presente mes, se servirán renovar con toda anticipación, remitiendo á esta Administración, y á nombre de los señores **Castro y Compañía**, el importe de ella; pero cuidando de certificar la carta que traiga valores, y haciéndolo así serán servidas con puntualidad.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

Los bailes, los teatros, las reuniones y los convites, sean de confianza ó de etiqueta, son, amables lectoras, el irresist-

tible atractivo del invierno, y Diciembre, á pesar de sus escarchas, sus frios y sus lluvias, se presenta animado y fecundo en diversiones.

Para ellas son los caprichos de la moda, y en los salones admiramos los bellísimos modelos que se esfuerzan á porfía en presentar las modistas más conocidas.

¡Qué frivolidad! exclaman algunos; ¡qué lujo y qué gastos tan superflúos! exclaman otros; y no hay, sin embargo, uno solo que no desee aparecer elegante.

Las lindísimas chaquetillas bordadas, como el modelo que en los grabados del texto presentamos hoy, son fáciles de ejecutar, y hacen un efecto distinguido, y sobre todo muy nuevo; también un poco más largas, para recibir visitas, se han adoptado, pero guarnecidas con pieles, sea imitación de marta, sea astracán; pero más bien las primeras.

Hemos advertido, y volvemos á repetir, que para la calle deben adoptarse trajes sin pretension alguna, pues revela buen gusto, y á pesar de haber descrito algunos, no dejaremos pasar desapercibido un modelo, que nos ha parecido propio para toda señora que sepa vestirse con sencilla elegancia.

Este vestido, utilísimo para salir por la mañana, era de tartan escocés, de cuadros azul oscuro, y una lista grana ó marron, túnica igual á la falda, adornada con fleco y drapeada por detrás; la chaquetita forrada con franela, y un paletó corto semi-ajustado, forrado y guarnecido con fleco, completaba este traje modesto, pero distinguido por su forma, principal circunstancia de un vestido, pues en la manera de levantar los recogidos de una túnica, en su corte y drapeado, revela desde luego si una mano hábil ha dirigido su hechura.

Vemos muchas veces trajes cuyas costosas telas y preciosos colores nos llaman la atención; pero su corte, su forma,

sus adornos, hacen desmerezca y se califique á la que lo ostenta de poco elegante ó de vulgar.

Lo principal, pues, son los patrones, pues si están correctos, no depende más que del buen gusto para adornarlo el formar un bonito traje, sea de tela lujosa, sea de la lanilla más modesta.

Ahora es la época de lucir, en los días de Pascua, los caprichos de la moda, y ciertamente que las siete figuras que hoy presentamos á nuestras lectoras, son otros tantos modelos á cual más bellos y elegantes.

Para las jóvenes que deseen bordar esas faldas, esas chaquetitas que hoy están en boga, les aconsejamos que escojan sedas muy lasas y sin nudos, y un dibujo que haciendo buen efecto, no sea recargado.

Los trajes para niños de cuatro á seis años se usan mucho con faldillas tableadas, y no podemos menos de citar uno, que es bellísimo, y que está destinado á lucirse las próximas Pascuas.

La faldilla es de poplin de seda, á cuadros escoceses azul verde y grana; la chaquetita es de terciopelo negro, bordeada con pieles, y de esto mismo la lomosnera, que á un lado lleva: banda escocesa igual á la falda, y gorrita y botas de la misma clase.

Otra novedad son esos grandes abrigos forma carric, unos con mangas y otros sin ellas, forrados con pieles, y que si bien su aspecto es algo masculino, en cambio son de gran utilidad en estos días de frios excesivos; algunos llevan en lugar de la gran pelerina ó rotonda, capucha y manga ancha, y de la misma forma, más cortos, para salidas de teatros, sin mangas, pues el brazo va cubierto con la pelerina.

El raso y el terciopelo son las telas que más éxito obtienen para trajes de etiqueta, adornándolas con encajes ó flecos.

Los encajes *Valenciennes* reinan más que nunca para cuellos y mangas, porque verdaderamente no hay otro que haga un efecto más distinguido y más fino.

II.

¿Qué clase de obsequios pueden hacerse en los días de Pascua? Tal es la pregunta que muchas de nuestras suscriptoras nos dirigen, y contestando á ella, diremos que varias de las labores descritas en nuestros números anteriores son á propósito para ese objeto, pues debe procurarse al hacer un regalo que este sea útil y propio para la posición, la edad y la clase de aquella persona á quien se destina.

Por ejemplo, las relojas, zapatillas, cojines, canastillas de labor, acericos de tocador, joyeros, pañuelos bordados y otros objetos de esa misma clase, son los que encierran, no un valor material, pero sí un recuerdo afectuoso de amistad ó de cariño fraternal ó filial.

Un modelito para estuche á propósito para una jovencita, nos ha parecido tan bonito como fácil.

Se cortan dos cartones octógonos, y se cubren con paño, de color diferente uno de otro, y el cual se borda al pasado con torzal blanco: los bordes son de paño gris, en una de las tapas se ve bordado también 1871, sobre paño blanco, y en la otra, que es azul, las iniciales en el centro de una guirnalda; los dos cartones están unidos por lazos de cinta, y en el interior tienen dos hojas de franela azul, bordeadas con cinta blanca, para en ella prender las agujas.

Además, también pueden hacerse bonitos cuellos de aplicación, ó de crochet ó de encaje inglés, forma cuadrada por detrás y redonda por delante, ó formados con cuadros de crochet, y otros bordados en batista al pasado, y de los que también daremos algunos modelos en nuestro periódico.

La Baronesa de Wilson.

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

VI.

Vamos á empezar este artículo por un cuadro, que fué ya muy celebrado en ciertos círculos aun antes de que se abriera la Exposición, y que pertenece á D. Manuel Castellanos.

Representa este cuadro la muerte del conde de Villamediana. Está el buen conde tendido en el suelo del portal de su casa. A la derecha un cirujano reconoce la herida, y á su lado permanecen en pié, aguardando el pronóstico del facultativo para entrar en el desempeño de sus funciones, un cura y un monaguillo. Por detrás, y á la izquierda, hombres y mujeres del pueblo contemplan la escena. Por la puerta de la casa que da á la calle, y que se abre en el centro del cuadro, se divisan las casas de la calle del Prado y las gradas de San Felipe el Real, cubiertas de gentes que comentan el hecho á su manera.

Si tuviéramos la seguridad de que es un cuadro de encargo el que ha pintado el Sr. Castellanos, nada diríamos del asunto, porque es de tan pocas condiciones pictóricas, que el autor ha tenido que acudir á cuanto encontró á mano para hacer su composición. Pero si el Sr. Castellanos eligió por su libre albedrío el episodio histórico que relata la muerte de Villamediana, permítanos que le digamos que no nos parece buena su elección.

Sin conocimiento de la historia, ¿qué puede sacar en limpio el que examine este lienzo? Nada más sino que allí va á morir un hombre. ¿Cree el Sr. Castellanos que esto basta para dar por bien tomado un asunto?

Para que un asunto sea pictórico, es necesario que la vista solo del cuadro, sin necesidad del catálogo ni de ninguna otra explicación, nos diga algo más que lo que cada figura indique por sí sola. Ya sabemos que no hay más que un medio de representar á un hombre muerto, y seguramente que ni el cura ni el cirujano aumentarán en nosotros la convicción de que está muerto, con tal de que la ejecución sea buena.

Esto es causa de que el Sr. Castellanos se haya entretenido en pintar tipos de aquella época, que sólo producen confusión, é indican en el autor poco interés hacia la acción principal. La tapada, la dueña y el rufian, son figuras que pertenecen á esta categoría. La tapada, sobre todo, es un personaje que da mucho en qué pensar á todo el que se para ante este cuadro: unos dicen que llora, otros dicen que ríe, otros (y son los próximos á la verdad) dicen que se oculta, y todos leen y vuelven á leer el catálogo, y se asombran de que ya se oculte, ya llore ó ya se ría, á nadie le choque ni la risa, ni el llanto, ni el incógnito.

Entrando en detalles, empezaremos por examinar al conde de Villamediana. Yace en el suelo el pobre conde sin aliento casi; pero tan pequeñuelo, tan raquítico y torcido, que no lo conocería la misma madre que lo parió, y á no ser que la tremenda puñalada que le atravesó el corazón le encogiera al propio tiempo todos los miembros del cuerpo, no comprendemos cómo pudo quedarse tan pequeño.

El cirujano es otra cosa: el dibujo en esta figura es correcto, la posición es expresiva y natural, la cabeza está bien estudiada, y desde ahora podemos adelantar que es la mejor figura de todo el cuadro.

Pero tropezamos ya con el cura, á quien el Sr. Castellanos ha tratado inhumanamente. Si fuera posible desnudar al paucísimos presbítero, se había de quedar el Sr. Castellanos asustado de su propia obra, porque no podía menos de causarle asombro el ver á un cura con cuatro dedos de piernas. No le quepa duda al Sr. Castellanos, no cabe el sacerdote en la altura que le separa los pies de la cabeza.

Además del cirujano, tiene el Sr. Castellanos en su obra cosas muy bien hechas; los lejos son de un magnífico efecto y de una perspectiva intachable, y está perfectamente buscado el contraste entre las sombras del portal y el crepúsculo de la calle. Este mismo crepúsculo está tan bien aprovechado, que ha servido al Sr. Castellanos para derramar un humo tal en la composición, que alarga las distancias y aumenta el ambiente.

Pero hay un pequeño detalle, que de nadie pasa desapercibido y que en todos da origen á una misma exclamación: seguramente que si el Sr. Castellanos la oyera repetir á una, á dos, á tres, y á cuantas personas se detienen ante su lienzo, había de sentir algo parecido á una ofensa: «¡Qué bien está el farol!» dicen cuando llegan, como si en el cuadro no hubiese nada más que admirar. «¡Qué bien está el farol!» repiten cuando se marchan, como si aquello fuera todo lo esencial de la composición.

Y lo peor no es esto, sino que los que tal dicen, dicen la verdad, porque has de saber, lector, que el monaguillo de que te he hablado tiene en su mano izquierda el consabido farol, que para desdicha, y en penitencia sin duda del maltrato que del artista recibió el cura, le ha salido perfectamente pintado al Sr. Castellanos; así es que todo el mundo se admira de ver tan buen farol alumbrando á cura tan pequeñuelo y rechoncho.

Y decimos que en esto ha de haber castigo, porque al llegar á los reflejos de la luz se concluye la habilidad del pintor. Los rayos que parten del malhadado farol y alumbran el pavimento, se reflejan perfectamente; pero los que dan de lleno en el rostro del sacerdote y del monaguillo, le hacen una cara tan encendida y arrebatada, que no parece sino que están en los bordes de una hoguera atizando la llamas.

Reasumiendo; podemos decir que del portal adentro todo es mediano, exceptuando el cirujano y el farol, y que del portal afuera todo es bueno, incluyendo la media luz que ilumina la atmósfera.

Si ahora entramos en el ingrato y estéril terreno de los consejos, nos permitiremos decir al Sr. Castellanos que huya como de las pestes de los asuntos triviales, porque sobre no dar materia para una buena composicion, tienen el triste privilegio de no entusiasmar al artista y de distraerle con detalles rebuscados y en muchas ocasiones violentos. También aconsejamos al Sr. Castellanos que no tema emplear la rigidez cuando viene al caso, y le decimos esto, porque, aunque sea natural, no nos parece propia la postura que ha dado al cuerpo de Villamediana.

Tócale ahora el turno á D. Ricardo Navarrete. «El marqués de Bedmar ante el Senado de Venecia,» es su único cuadro.

El marqués de Villafranca, el duque de Osuna, virey de Nápoles, y D. Alonso de la Cueva, marqués de Bedmar y embajador de España en Venecia, arreglaban los asuntos de Italia, muchas veces sin conocimiento ni aprobacion de nuestra corte. Estos tres célebres personajes trabajaron con el mayor celo por la prosperidad de su patria, anhelando verla en el grado de esplendor á que llegó durante el reinado del emperador y de Felipe II, y odiaban especialmente al gobierno veneciano, que á menudo se habia aliado con los enemigos de España y protegido en la última guerra la desmedida ambicion del saboyano.

El día 5 de Mayo de 1618 se amotinó el pueblo de Venecia, suponiendo descubierta una famosa conspiracion que debia poner la ciudad en manos de los españoles. Los amotinados sitiaron el palacio de la embajada de España, é intentaron incendiarlo.

Al tercer día de esta situacion intolerable, el embajador marqués de Bedmar, acompañado del personal de la embajada, sale del palacio, desprecia el furor de las turbas, y se presenta ante el Senado, censurando la conducta del gobierno y exigiendo, á nombre de su rey y de su patria, inmediata satisfaccion.

El Dux se la dió cumplida.

Aunque el asunto no se presta á desarrollarse con gran interés dramático, es, sin embargo, lo bastante para tratado en un cuadro de pequeñas dimensiones, como lo ha hecho el Sr. Navarrete. Así pues, nada tenemos que decir sobre este punto.

La composicion nos parece acertadísima y hasta ingeniosa. Representa el lienzo el gran salon de reuniones del Senado veneciano; al rededor están sentados los senadores hasta una distancia del extremo próximamente igual al tercio de la longitud del salon; al frente está el dosel, y debajo, sentado en la poltrona ducal, está el Dux vestido de escarlata, como los demás senadores; á la izquierda se ve al marqués de Bedmar vestido de negro, un poco separado del personal de la embajada y en ademan de hablar al Dux.

Como se ve, el Sr. Navarrete ha tenido buen cuidado de evitar toda confusion, distribuyendo los personajes de manera que no quepa duda alguna sobre la accion principal; quien examine el lienzo, no podrá menos de reconocer en el Dux y los senadores un poder constituido en asamblea, y en el marqués de Bedmar un reclamante que pide, á la par que con arrogancia, con perfecto derecho, justicia y satisfaccion.

El dibujo es bastante bueno, lo mismo que el colorido;

pero todo esto hecho á la ligera; así es, que no hay dedos ni manos, sino borrones, que aunque están bien tocados, exigen, sin embargo, más detalles por las dimensiones mismas de las figuras.

El decorado del salon está muy en carácter, y aun se nos figura que está copiado del verdadero palacio de los Dux; el ambiente de la composicion es magnífico, y el contraste entre los trajes oscuros y sombríos del embajador y sus acompañantes, que forman un solo grupo, y el vestido vivo y brillante de los senadores, no es del todo inadmisibile, aunque sea un poco violento si se atiende á la verdad histórica.

El Sr. Navarrete ha adelantado mucho en estos últimos tiempos, y es lástima que despues de tantos años de clausura de las exposiciones, no se haya presentado en esta con un cuadro de más estudio, de mejores condiciones, y no es esto decirle que el que acabamos de juzgar no le consideremos digno de su aventajado pincel.

Para terminar este artículo, diremos algunas palabras de los interiores de D. Pablo Gonzalvo Perez, deteniéndonos únicamente en el que representa el salon de justicia de la Alhambra de Granada, en su estado actual.

Aunque el Sr. Gonzalvo es una verdadera especialidad en este género de pinturas, y el refran dice que más vale ser cabeza de raton que cola de leon, se nos figura, quizás con poco fundamento, que el Sr. Gonzalvo no habia de cometer grandes desaciertos si se propusiera tratar la figura humana como elemento principal de sus obras: en una palabra, creemos que el Sr. Gonzalvo no haria nada fuera de acierto dedicándose á la pintura de género ó de historia, sin abandonar por eso los cuadros de perspectiva, que tan admirablemente sabe producir.

Esta clase de cuadros carecen del mérito principal de toda obra estética, que es la creacion artística. Además, es bien sabido que el dibujo de las perspectivas es perfectamente geométrico, y por tanto sujeto á reglas fijas, y que no dejan á la iniciativa del perspectivista más que el punto de vista. Con tanto camino andado, ¿qué queda al arbitrio del pintor? El dibujo de los detalles y los colores; y por bien que se dibujen los primeros y por mucho que se manejen los segundos, no nos parece bastante para querer ocupar un primer puesto entre los que apelan á medios difíciles para probar su genio y su propia inspiracion. A esto dirá el Sr. Gonzalvo, que puesto que saliéndose de su camino no ha de ser de los primeros entre otros, se contenta con ser el primero entre los suyos, sea el que fuere su mérito. Pero nosotros creemos que bien podria hacer algo bueno en figura, y como prueba de ello, podemos citar las que ha pintado en su cuadro del salon de justicia de la Alhambra.

Concretándonos al cuadro en cuestion, diremos que el Sr. Gonzalvo ha adelantado mucho desde la última exposicion. Por lo pronto, ha abandonado la costumbre que antes tenia de entonar por oscuro, que sobre ser el peor, es también el más fácil medio de conseguirlo, y por lo tanto, el de menos mérito. De otro defecto se ha corregido el artista de que nos ocupamos, y es del descuido con que en sus obras anteriores dibujaba los detalles, echándolo todo á barato.

Por lo demás, el Sr. Gonzalvo ha tratado con maestría todo lo que en un cuadro de este género queda al arbitrio del artista. Magníficos efectos de luz, entonacion caliente y agradable, abundancia en recursos de colorido, buen dibujo en figura, exceptuando la que se halla aislada fuera del salon, armónica composicion de grupos y delicada combinacion de colores, son todas las bellezas que el público admira en la preciosa pintura del salon de justicia de la Alhambra.

No terminaremos sin dedicar antes algunas palabras á otro de los lienzos del Sr. Gonzalvo, titulado «La salida para el combate.»

Representa la escalera de la celebrada casa de la Infanta en Zaragoza: en la parte superior se ve la familia del fundador de la citada casa, despidiéndole con muestras de ternura y sentimiento, mientras él, rodeado de sus hombres de armas, desciende los peldaños de la escalera.

Por varios conceptos merece fijar la atencion este cuadro, pues la figura y la perspectiva rivalizan en perfeccion. Exceptuando el paje, que está desdibujado, todos los personajes, no sólo están bien delineados, sino que hacen interesante la escena por lo movido de sus actitudes y lo expresivo



EXPLICACION DE LOS SIETE MODELOS,

I. Traje para señora de cincuenta años.—Vestido de raso color pensamiento: el delantero está adornado con lazos de faya bordeados con encaje; corpiño con puntas por delante; mangas anchas con lazos; adorno de encaje negro con flores jaspeadas, moradas y negras.

II. Vestido para jovencita.—De seda azul celeste: falda lisa; corpiño con aldetas en punta; escote cuadrado.

III. Vestido para visita.—De faya gris: la primera falda tie-

ne dos series de fleco con cabecilla de terciopelo gris; sobrefalda recogida á los costados, y graciosamente drapeada; corpiño con aldetas abiertas, cuya espalda está unida á la segunda falda; mangas con cartera; sombrero gris con plumas.

IV. Traje de tafetan blanco con listas verde mar.—La falda está adornada con dos volantes ondeados y bordeados con seda verde; cinturón verde mar con dos cocas; chaquetilla de terciopelo sin mangas, bordada con oro y plata todo alrededor; gola y mangas de encaje.

V. Vestido color castaña claro.—La primera falda adornada con un bias de raso más oscuro y un encaje negro; túnica redonda por delante, y por detrás abierta y formando tres conchas, adornadas con raso y encaje; lazos con dobles cocas; corpiño con aldetas por delante; un bias y un encaje forman la berta; mangas con cartera; flores y encaje en los cabellos.

VI. Vestido de medio luto.—Anchas tablas separadas por terciopelo adornan la primera falda; la segunda está abierta á un lado con las puntas enlazadas y con abrazadera de terciopelo;

lo; corpiño abierto con camisolín de muselina encañonada; manga de codo.

VII. Vestido de cachemir gris castor.—Dos bieses sujetan un volante ligeramente fruncido; túnica abierta en los costados, adornada con un volante y dos bieses; lazo de cachemir sujetando el puff; corpiño abierto con solapas; manga abierta hasta el codo, y guarnecida con volante y bieses; camisolín y mangas bordadas.

de su ademan. La luz que ilumina las diferentes partes de la composicion, indica por la manera con que está tomada, un perfecto conocimiento del claro-oscuro.

Nada decimos de los detalles de la ornamentacion que el Sr. Gonzalvo ha copiado con un estudio verdaderamente minucioso del estilo arquitectónico, que ha precedido en el decorado de la escalera, como puede verse en los medallones que hay sobre los arcos que dan á la galería.

Para terminar, añadiremos que «La familia modesta» y «Los once del cura,» son una prueba de lo mucho que el señor Gonzalvo puede hacer en la pintura de género, y con esto nos evitamos dar á este artista nuevos consejos, por más que ellos sean inspirados en nuestro buen deseo.

F. LOPEZ ECHEGARRETA.

ANGELA ORTOLANI.

Por los años 1851 al 52 se presentaba en la escena, en la ciudad de Bergamo, una niña de catorce á quince abriles, hermosa, tímida y sencilla, pero dotada de un alma puramente artística, y cuyo genio se revelaba en su mirada clara y penetrante, que al fijarse en el público parecía segura de avasallarlo con su mágica voz.

Angela Ortolani salió á la escena animada, impulsada por el inmortal Rubini, quien comprendió desde luego el mérito de la jóven cantatriz.

Milan aplaudió poco despues á la inspirada niña, y Madrid, cuatro ó cinco años más tarde, acogia con demostraciones de entusiasmo á la que en *La Sonámbula* se colocó desde luego á la altura que debía ocupar con justicia: la corona de gloria se ceñía á sus sienes, y pronto, muy pronto, encontrando en Tiberini un compañero digno de ella, se enlazó con él en Barcelona, y juntos recorrieron los principales teatros de Europa, derramando perlas de su garganta, que hacian resaltar aún más las bellezas de *Rigoletto*, *Lucia*, *Puritani*, *El Barbero de Sevilla* y otras obras maestras del arte musical.

La pureza y elegancia de su estilo, el argentino timbre de su voz, la admirable ejecucion que posee y más que todo su clara, limpia y bella pronunciacion italiana, prestan á la eminente artista indisputable mérito, pareciéndonos que al pasar los años, no sólo añaden nuevos lauros para su gloria, sino que perfeccionan más su estilo, su accion, su melodioso acento, que al exhalarse de su garganta conmueve y electriza al público.

Tambien de nuevo en esta temporada aplaudimos con entusiasmo á Angela Ortolani: *Matilde* y *Rosina*, podrian encontrar dificilmente un intérprete más perfecto, más simpático ni más bello.

Si la Pasta, la Malibran, la Sontang, la Grissi y tantas que han immortalizado sus nombres, pudieran escuchar los gorgoros del *ruiseñor de Bergamo*; se confundirian en fraternal abrazo con Angela Ortolani, acogiéndola como á una hermana, porque el verdadero genio es entusiasta y exento de mezquinas rivalidades y de toda emulacion que no sea noble y generosa.

En la fisonomia de Angela Ortolani, como verán nuestras lectoras, se manifiesta el sello con que el arte ha marcado á sus elegidos, y el fuego de su mirada, revela el entusiasmo y al mismo tiempo un alma elevada y digna.

Hinnova.

LA ZARZA.

A la zarza punzante
un sauce preguntó: ¿Por qué, mamá,
cuando cerca de tí pasa un viajante
clavas las garras en él con tal porfía?
¿es que te ofende si contigo topa,
ó tratas de quedarte con su ropa?

«No es (contestó el arbusto) por quitarla,
pues en mí no la empleo;
pero me tiro á cuanta ropa veo,
porque tengo un placer en desgarrarla.»
Murmurador injusto,
¿por qué derramas hiel?—Porque es mi gusto.
—Gustos así, tan malos
(dice bien el refran), merecen palos.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

¿Pudo la jóven satisfacer su deseo?

Lo único que consiguió fué convencerse de que su madre no era feliz.

Encontró un misterio, y no pudo penetrarlo.

De esto resultó que María tampoco fué dichosa.

No hay dicha posible para un hijo, cuando se convence de que sufre su madre.

Fué amada María, y amó tambien.

Esto era un consuelo, pero nada más.

El misterio se presentó más claro el dia en que Magdalena se mostró interesada por la suerte de un amigo, cuya procedencia ignoraban todos.

Este amigo era un jóven de veintidos años, y que á juzgar por las apariencias, merecia toda clase de consideraciones.

La infeliz Magdalena se habia concretado á decirle á su hija:

—Me complacerás, me darás una prueba de tu filial ternura, si amas á ese jóven como si fuese tu hermano.

María no quiso pedir las explicaciones que desde luego se le negaban, y como el improvisado amigo daba pruebas de tener el más noble corazon, lo amó, dejando así complacida á su madre.

El jóven en cuestion llamábase Alberto.

Su apellido, segun él decia, era Santisteban; pero sobre este punto nadie sabia la verdad.

En nuestra época es muy fácil tomar un nombre cualquiera, puesto que nadie se cuida de exigir sobre este punto prueba alguna.

No sabemos por qué puso en duda el mundo el derecho que el jóven tenia al apellido en cuestion; pero ello es que sobre este punto se hicieron muchos comentarios.

La opinion de Enrique la conocemos ya.

La viuda, aunque jóven aún y dotada de belleza, habia hecho á la memoria de su esposo todo el honor que las cualidades de este exigian.

La desdichada madre, al ver asegurado el porvenir de su hija, creyó que el Omnipotente la recompensaba por su abnegacion.

Una vez casada María con un hombre rico, pensaba la madre que le estaba permitido dedicar una parte de su fortuna para el hijo desdichado que ni siquiera nombre tenia.

El plan era risueño; pero hay un adagio que dice que el hombre propone y Dios dispone, y esto precisamente sucedió con los planes de Magdalena.

Permítasenos fijar bien la situacion.

Para complacer á su madre, María trataba al jóven Alberto con la mayor franqueza, muy cariñosamente, con verdadera intimidad, y esta intimidad fué el fundamento de los celos que atormentaban á Enrique.

Más de una grave cuestion sobre este asunto habia hecho sufrir á los dos amantes.

Enrique de Guevara exigia claras y terminantes explicaciones sobre aquella amistad, y la jóven, cumpliendo ante todo sus filiales deberes, no decia más sino que Alberto era un hombre simpático y digno de su estimacion por su talento y virtudes.

Enrique no se dió por satisfecho; hizo exigencia, y Ma-



EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11.- MADRID.

10-71

HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID

ría, colocada en una alternativa espantosa, imitó á su madre, devorando en silencio la amargura de su dolor.

Su amor intensó púsose en abierta lucha con su ternura filial, y esta lucha desgarradora fué un tormento que no puede concebirse ni encontrarse en igual situación.

Era forzoso que la infeliz jóven eligiese entre su madre y su amante, y desde el primer momento obedeció al más noble y más santo de los impulsos, y exclamó:

—¡Mi madre ante todo!

Crítica era la situación, y sin embargo debía serlo mucho más.

María se consideraba fuerte con la tranquilidad de su conciencia, en tanto que Enrique se sentía con valor para todo con las apariencias que habían producidos sus celos.

En breve debía decidirse la cuestión.

El celoso amante quería salir de dudas, y decidió apelar á toda clase de medios, precisamente el día en que la desgraciada jóven debía considerarse doblemente obligada á sacrificarlo todo por su buena madre.

Si fuésemos fatalistas, diríamos que Magdalena estaba predestinada á ser víctima siempre de sucesos imprevistos.

Imprevista fué su primera desgracia; imprevista la resolución de su padre; inesperado el arrepentimiento de su criminal seductor, y no menos sorprendente la pérdida de los cuantiosos bienes que debía heredar.

¿Le esperaba otra desgracia semejante?

No solamente le esperaba, sino que había sobrevenido en tanto que Enrique decidía poner en claro sus dudas.

Aquella misma mañana, y á las ocho y media, encontrábase la madre infeliz en su gabinete.

Aun no hacía media hora que acababa de vestirse y se disponía á preguntar por su hija, cuando la interrumpieron entregándole una carta que acababan de llevar.

De su belleza no había perdido Magdalena más que la frescura de la juventud; pero aún era una mujer hermosa y que con sus treinta y ocho años podía sobradamente interesar el corazón de cualquier hombre.

—¿Quién puede escribirme á estas horas?—preguntó.

Y fijó la mirada en la letra del sobre escrito, añadiendo:

—No la conozco.

Imposible era que sospechase que aquel papel encerraba la noticia de una desgracia espantosa, y por consiguiente, el golpe, por lo inesperado, debía ser doblemente terrible.

Rompíó el sobre y leyó lo siguiente:

«Señora, tenemos que deplorar una pérdida, irreparable, y con profunda pena me apresuro á enviar á usted la triste noticia. Ayer tarde, cuando el señor don Benigno volvió de la Bolsa, se sintió indispuerto; pero no creyó, ni yo tampoco creí, que la alteración de su salud tuviese importancia, y me separé de él á las seis como todos los días, después de haber enviado las cartas al correo.

«A las doce de la noche fueron á buscarme para decirme que el enfermo se encontraba mucho peor, y acudí tanto más presurosamente, cuanto que no contaba con otro auxilio que el de sus criados.

«Ya habían avisado al médico y se hizo cuanto es imaginable; pero Dios no quiso escuchar nuestras súplicas, y á las dos de la madrugada dejó de existir el que ha sido mi generoso protector y mi mejor amigo, el hombre virtuoso á quien debo todo lo que soy y á quien pudiera llamar mi padre.

«La enfermedad ha sido una apoplejía que no le ha permitido hacer testamento ni declaración alguna, lo cual producirá graves complicaciones en los intereses de algunas familias, pues no ignoraba esta que muchas personas habían confiado ciegamente sus negocios, y hasta su fortuna, á la honradez del señor don Benigno.

«Ignoro si en estos momentos hay con usted alguna cuenta pendiente; pero de cualquier modo, creo que mi deber es participarle lo sucedido, advirtiéndole que el juzgado de primera instancia se ha hecho cargo de cuanto hay en la habitación del difunto.

«Esta desgracia es doblemente sensible ahora, porque hoy debe llegar un hermano de nuestro amigo, que hacía ya muchos años que estaba ausente.

«Repito que ignoro si tenía usted alguna cuenta ó asunto pendiente con mi honrado principal, pues antes de que llegase el juez he revisado los libros y no he encontrado otros apuntes que los hechos por mí hace más de un año sobre negocios terminados completamente, sin que en la cuenta resulte tampoco saldo á favor ni en contra de usted.

«Esta desgracia es para mí un golpe casi insopor-
table.»

No había escritas más que algunas palabras corteses y de mera fórmula, y la firma.

Apenas leyó las primeras líneas Magdalena, cubrióse el rostro de mortal palidez.

Pocos instantes después latió su corazón violentamente.

Empero siguió leyendo.

Temblaron sus manos.

Contrajéronse los músculos de su rostro.

Sus negros y magníficos ojos se abrieron más y más.

Cuando acabó de leer,

quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Su mirada permanecía fija en el papel.

Cinco minutos pasaron.

Volvió á leer, como si aun no diese crédito á lo que veía.

El golpe era espantoso y suficiente para acabar con su existencia.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Español: *El caballero de Gracia*, drama tradicional en tres actos. — *El libro azul*.

Este drama, tan poco meditado, que hace resultar falso su plan ó inverosímiles sus situaciones, habría sido una de tantas obras destinadas á pasar por la escena como nube de verano, á no encontrar un Rafael Calvo, verdadero Franklin,



ÁNGELA ORTOLANI.

que, arrancando á la nube la chispa abrasadora, iluminase con ella durante varias noches la escena del teatro Español.

Fundado el argumento de este drama en la célebre tradicion que da nombre á la calle del Caballero de Gracia, el autor ha querido presentar en el protagonista de su obra, el opulento y galante modenés Jacobo Grattis, una copia de nuestro inolvidable y tradicional D. Juan Tenorio; y siendo esto así, ¿cómo el Sr. Larra se ha atrevido á insultar la memoria de Tenorio, llamándole por boca del hostelero *bravucón* y otras mil lindezas, cuando su imitador Jacobo Grattis carece del valor, de la nobleza, la galanura y generosidad, que tanto distinguían á nuestro fabuloso D. Juan?

Jacobo Grattis persigue á la hermosa Leonor Garcés, esposa del noble D. Juan de Silva, enviado á la sazón á la corte de Nápoles por el rey Felipe II. ¿Y qué hace para conseguir su amor? ¿Qué recursos extraordinarios emplea? ¿Qué idea luminosa é increíble llega á realizar? ¿Qué medios extraños pone en juego? ¿Dónde y cómo despliega su talento, si todo él se reduce á sobornar una criada y á presentarse en casa de D. Juan cuando vuelve precipitadamente á Madrid llamado por el rey? Esto á lo más podrá demostrar audacia, y harto sabe el Sr. Larra que jamás á los audaces se les reconoció valor.

Este Jacobo Grattis sedujo en Nápoles á la hermosa Angelina, hija del noble duque de Moncasi, y este desgraciado amor costó la vida á su padre, que pereció bajo la espada de Jacobo, perdiendo Angelina el honor y la razón, no sin lanzar sobre su seductor la más terrible de las maldiciones.

Esta bellísima historia, lo único que en toda la obra cautiva la atención del público, vale infinitamente más que el drama; es decir, que un detalle está por encima de la acción; que lo ménos se sobrepone á lo más, y esto es completamente imposible.

Es inverosímil que el valeroso Jacobo Grattis, cuando está en la hostería con sus amigos, tan solo por oír al capitán que ha dejado en Flandes una querida llamada Angelina, se lance fuera de la casa, asustado como una mujer ó un niño, y pase á los ojos de sus amigos por el más grande de los ridículos. ¿Y para qué? Para tornar luego de haber aspirado el fresco de la noche y proponer apuestas de quitar á sus amigos sus amantes, que son una imitación, y mala, de las célebres apuestas de D. Juan Tenorio.

¿Dónde está el valor de Jacobo, que siempre se presenta á Elvira con más *deseo* que amor, jurando matarse, y no sólo no se mata, sino que huye en cuanto ella pide socorro?

¿No le parece extraño al Sr. Larra que Andrés y don Juan de Silva sueñen á voces y pronuncien el nombre de Angelina, dando lugar á los celos de Leonor y á que su esposo le cuente la historia de aquella desdichada niña, y sobre todo, ¿no cree precipitado y terriblemente violento el instante en que Jacobo, teniendo á Leonor á su lado, cae de rodillas al escuchar de su boca la maldición de Angelina, tomando á Leonor, á quien acaba de estrechar entre sus brazos, por un fantasma, y se arrepienta, y llore, y decida encerrarse en un claustro, legando á los pobres todas sus riquezas? ¿Ni cómo Leonor, que tan solo una vez ha escuchado la maldición de Angelina, la ha conservado tan impresa, que en tan crítica situación se la repite sin faltarle punto ni coma?

Cierto que el pensamiento es bello; pero la situación es tan forzada y violenta, que destruye todo el efecto, y gracias á Rafael Calvo, verdadera joya de la escena española, no sólo se ha salvado, sino que el ruido de los entusiastas aplausos que el público tributa al artista ahoga los defectos de la escena.

El desarrollo de la trama es frío, y el acto segundo se arrastra lánguidamente, pudiendo asegurarse que los dos actos primeros se han escrito para realzar el tercero, en que el autor ha presentado una escena de primer orden entre Leonor y su esposo.

Reconociendo que la obra, á pesar de los defectos que señalamos, no carece de bellezas, ¿por qué el Sr. Larra no ha seguido la tradicion, que hace á Leonor esposa de un infanzón aragonés encargado en Madrid de una misión diplomática? Creemos que con esto y con pintar el trágico suceso de Angelina acaecido en Madrid, la obra hubiera ganado mucho en interés y verdad.

La ejecución, buena en general, si bien, y sentimos volver

á insistir sobre esto, hallamos al Sr. Pizarroso un tanto exagerado, y bastante desentonado al Sr. Osorio.

La señorita Boldun tuvo felices momentos y conquistó justísimos aplausos, y si logra olvidar esa pequeña canturía y deja de arrastrar tanto la frase, seguros estamos de que el porvenir es suyo, pues á su belleza y elegancia reúne un clarísimo talento y facultades poco comunes.

¿Qué diremos de Rafael Calvo que no lo hayan dicho por nosotros los entusiastas aplausos del público, que le considere hoy con justicia como uno de los primeros actores de la escena española?

La señorita Rubio no pasó de mediana, sobre todo en el acto tercero; en cambio el Sr. Maza caracterizó y dijo con gran discreción y talento su papel de Felipe II.

La comedia en un acto, arreglada del francés por el señor Lustonó, *El libro azul*, y que nosotros creemos debiera titularse *el libro verde*, obtuvo el más lisonjero éxito, conquistando grandes aplausos Pepita Hijosa y Mario.

E. Rodríguez Solís.

EXPLICACION DEL FIGURIN SUELTO.

1.º Traje para teatro ó reunion.—Vestido de seda verde luz: un ancho volante guarnece la primera falda, plegado de distancia en distancia, formando abanicos. Puff Luis XV, cogido á un lado con un gran lazo, forma la sobrefalda por detrás, y por delante delantal liso. Corpiño abierto con escote cuadrado, y manga larga de codo, con guarnición de encaje *Valenciennes*. Paletó de paño blanco, corto por delante y por los lados, y con pliegue *Watteau* por detrás: ancha manga perdida, y adornado con terciopelo negro el todo.

Diadema de flores.

Zapatos Luis XV, con lazos y tacones del mismo color que el vestido.

2.º Vestido para teatro y comida de etiqueta.—Falda de raso negro, adornada con ricas pasamanerías marrón, que figuran bordados.

Segunda falda marrón claro, corta por delante y formando dos picos agudos, adornados con fleco, encaje y bordado, el que también rodea la cola. Corpiño con aldetas de la misma forma que la sobrefalda, muy escotado, con manga corta y lazos con caídas. Segundo corpiño de tul negro, con manga larga ajustada.

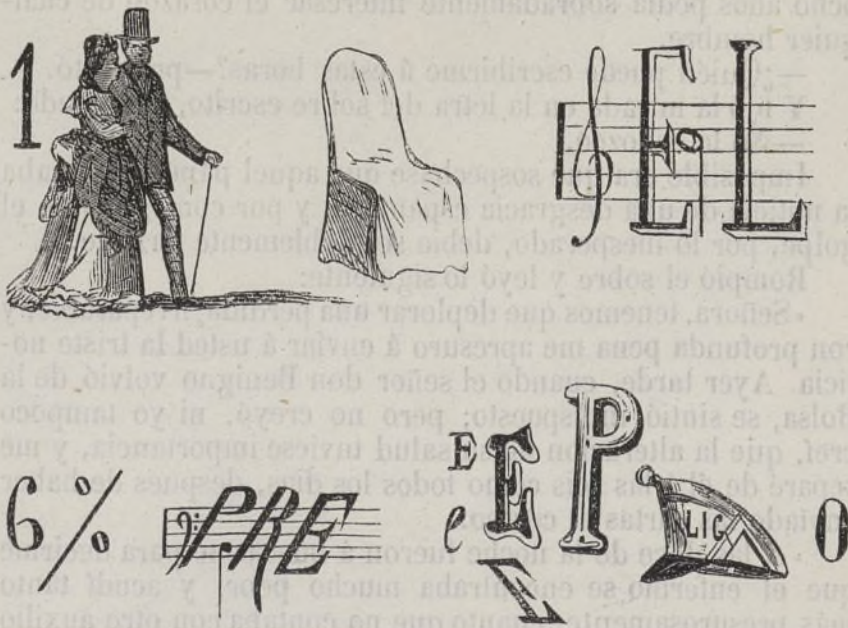
Sombrero de terciopelo y encaje con guirnalda de flores y pluma del color de la sobrefalda; para reunion, rosa con follaje del color del vestido.

Botas de raso negro.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La mujer es el aroma de la vida.

GEROGLÍFICO.



MADRID: 1871.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.